

La capitalísima importancia de esta serie de preinfectantes, microbicidas, atenuantes, neutralizantes ó aisladores, cual quiera llamarse, ha obligado al vulgo y á los médicos, á gobernantes y gobernados, á poner muy sobre su cabeza el capítulo en que se estudian y practican. A ella se debe la reacción operada en todas las esferas, y muy especialmente en la doméstica; á ella se deben las prescripciones administrativas, de que se enorgullecen ciertos pueblos, que ven menguar el número de muertos cuanto más se desarrolla la preinfección; á ella se debe la irresistible tendencia á la creación de Ministerios ó Direcciones de salud pública, asunto en estudio y que ha de resolverse por la afirmativa; y á ella, no entonando más alabanzas, se debe el que pueda Inglaterra abrir impunemente sus puertos á todo buque apesado, y á falta de ella andamos otros llenos de prevenciones y de miedos, atacando en su base los derechos individuales y cortando el vuelo al comercio, una de las más potentes manifestaciones de la vida de nuestros tiempos.

Desde esta altura ¡cuán grande se presenta el feraz campo de la Higiene y cuán menguado el que con tantas dificultades cultiva la terapéutica!

La protección para nuestro cuerpo, tomándolo como tipo y sin olvidar nunca que hay otros medios que sufren la acción de los micro-organismos patógenos, se puede realizar, dicho queda, cuidando de hacer inaccesibles las aberturas accidentales, de robustecer las potencias orgánicas, de crear inmunidades.

El cuidado que exige una abertura accidental, después de la compleja cura de Lister, hoy bastante simplificada,

está reducido á dos hechos fundamentales: el primero, constante, se exige en el caso de impurificación de las superficies, y está representado por la limpieza, cuyo mejor agente es el agua hervida, ó mejor la ópticamente pura, la que no tiene semilla alguna, más útil que las ya casi olvidadas soluciones de fenol, de timol, etc.; el segundo, hecha bien la limpieza, es el taponamiento, no por medios impermeables, cual se usan, que son malas tapaderas, sino mediante sustancias filtradoras, que permitan el continuo contacto y la incesante renovación del oxígeno, parando en sus mallas los elementos nocivos. Sin esas telas protectoras ni esos impermeables usados en cirugía, con más fuerza de rutina que razón científica, se conservan ilesos los medios de cultivo en los laboratorios y no son seguramente de mayor ineptitud que nuestros tejidos para las siembras accidentales. Un filtro, pues, ni tan voluminoso ni tan impuro como él de Guerin, ni tan ligero cual algunos pretenden, es el mejor medio de tapar la brecha abierta en nuestra superficie, como los sacos de arena, los colchones ó cualquier otra materia análoga, forman un buen parapeto allí en donde se partió la murallá, sosteniendo la defensa, mientras se repara la lesión y se corrige la injuria. El algodón en primer término, dejando el segundo para las gasas y los demás para otras sustancias, es el mejor recurso á que debe apelarse; pero algodón no infecto, saneado por el calor, bien mantenido, hidrófilo para que se empape de lo que suele derramarse, no siendo preciso se le añadan el ácido fénico, el sublimado ú otro cualquiera de los mal llamados antisépticos, que si la herida quedó limpia y bien tapada, no hay que

temer la infección; así nos ahorraremos ese curarse en salud de ciertas curas á la orden del día, y sobre todo no daremos el anticientífico espectáculo de que entre el iodoformo, y eso que es de los mejores, el fenol y las inverosímiles soluciones de sublimado, vegeten los micro-organismos, los que, á serles posible, habrían de reirse de tan inocentes armas y de tan inofensivos tóxicos. Refiérome, no hay que decirlo, á las dosis que se emplean de los unos y á la ineficacia comprobada de los otros.

Apartándonos de nuestro organismo y siguiendo la misma hilación de ideas, podemos evitar la infección del suelo, mediante los pavimentos artificiales, tanto más útiles cuanto más cerrados; mediante la ventilación en otros casos, removiendo tierras ó canalizando á diversas profundidades; podemos evitar la infección de las aguas, encerrándolas en sanas cañerías cuando herida la tierra les da salida en forma de fuente, ó haciéndolas atravesar una y otra vez por entre capas oxigenadas; podemos evitar la infección de los alimentos conservándolos en vasos cerrados, ó mejor aún dejando íntegras sus defensas naturales (pecíolo y cutícula de los frutos), aireándolos en atmósferas sêcas ó rodeándolos de aserrín de corcho, yeso, ceniza, etc., que vienen á ser para ellos lo que el apósito de algodón para una herida del dominio quirúrgico.

Además del cuidado que exigen las aberturas accidentales, importa dar tono y energía á las partes constituyentes de nuestro organismo, como se debe fortificar una urbe en el interior de su recinto si no pudo tener murallas ó por si éstas flaquean. Las defensas interiores son tan precisas co-

mo las periféricas, y hablando de los séres vivos pueden reducirse á una sola expresión: nutrir bien todos los tejidos.

Eso que se llama buena carnadura; esa lentitud y dificultad con que á las veces progresa un estado infectivo: la tuberculosis cutánea ó cualquiera otra; la benignidad de muchas infecciones, y cuanto se parezca al resultado de una buena defensa, por más que pueda reconocer varias causas, ya únicas, ya múltiples, es ordinariamente el fruto de una buena nutrición. Positivo es que son víctima de las infecciones la parte más enclenque y desmirriada de la población; y aunque algunos fuertes también se entregan y también sucumben, sobre ser en menor proporción, hay siempre la duda de si esa fortaleza, que sólo conocemos por las apariencias, es una energía positiva ó una torpe equivocación en nuestros juicios.

Sea como sea, los hechos confirman que resisten más los más fuertes. Todo lo que dé tono, bríos, á nuestros agentes naturales de defensa, es un buen preventivo, y á título de tal, nunca serán bastante recomendadas la hidroterapia tónica, la gimnasia, la rusticación y el ambiente vigorizante de las montañas; así como merece gravísimas censuras todo cuanto enerve el conjunto ó las partes. Los individuos menos resistentes ó los territorios orgánicos de menor resistencia, son el punto de cita predilecto para los micro-organismos infectivos: el vértice del pulmon está más expuesto que el resto del órgano, por diferentes motivos, todos de índole asténica; el linfatismo es un buen terreno para el desarrollo de aquellos; aunque haya, á las veces, el pneumococo de Friedländer, ó el bacilo de Koch, en los esputos de sugetos sa-

nos, no habrá pulmonía ni tuberculosis, mientras el frío ú otra causa que engendre hiperemia no desarregle y mengüe la resistencia de epitelios y tejidos subyacentes, y no habrá tuberculosis mientras un motivo cualquiera no abra una puerta para el ingreso, y éste ocurra en parte de vitalidad atenuada. Claro es que hay excepciones: al fin no podemos medir bien lo que vale la potencia y lo que se opone la resistencia; pero sin pecar de exagerados, bien puede afirmarse que han de estar necesariamente en razón inversa, y que una misma energía patógena puede, según á donde se aplique, hacer mucho, hacer poco ó quedar completamente destruida.

Por lo dicho se comprende cuán ventajoso es tener el terreno resistente á toda invasión; pues así como las rocas de origen ígneo y en general las muy compactas se defienden mejor, y aún no enferman, que los terrenos arcillosos, los de aluvión y los muy cargados de humus; así como el agua de derretimiento que venga de muy alto y rodando de piedra en piedra se defiende mejor que la que brota tibia en el fondo de un valle; así también, siempre será menos infectable el fuerte que el débil, refiriéndonos á las especies todas (cepas, naranjos, animales domésticos, etc.), y en especial á la humana.

Aun hecha la infección, tengo para mí que una buena dietética (montañas alpestres, climas tónicos en general, carnes oscuras, aceite de hígado de bacalao) vale más en la tuberculosis que cuantas drogas se inventaran, y aquí se encuentra un académico, que sino cura la tuberculosis, la detiene y aún hace volver atrás y él no titubea en tener al aire libre, en territorios sanos, tonificantes, los más valetudina-

rios tísicos, que otros colocarían, acabando más pronto con ellos, en reducida alcoba y entre algodones para que no se acatarrasen. Más valen para mí los tónicos, y á la cabeza de ellos una alimentación oportuna y perseverante, en ciertos estados febriles, que los cada vez más desprestigiados hipotérmicos, capaces de quitar resistencia allí en donde tanta se necesita.

Ligado á más no poder con este tema está el de las inmunidades. Hay una inmunidad, bien se sabe, que pudiéramos llamar natural, función antitética de la receptividad. Así como no todos los terrenos son aptos para todos los cultivos, tampoco todos los individuos son propicios á todas las infecciones. No en todos prende la vacuna, y cito este hecho para no mencionar, ya las enuncié, todas las inmunidades que dependen de no llegar la causa, de llegar muy atenuada, de llegar en poca cantidad, de no encontrar puerta abierta, de no estar el primer territorio invadido desprovisto de energías, etc. Estas inmunidades, si tal nombre merecen, se explican bien.

Lo que no tiene tan fácil interpretación es lo que hace la edad, favoreciendo el desarrollo de las fiebres eruptivas y dificultando él de la fiebre tifóidea en la infancia; lo que hace la raza, tolerando la fiebre amarilla en los blancos y poniéndole trabas en los de color; lo que hacen la aclimatación y el hábito, hechos muy emparentados, exponiendo al recién llegado á las grandes urbes á la fiebre tifoidea, al cólera en la India, al vómito negro en las Antillas, mientras ampara á los indígenas con protección indudable, y hace que los carneros argelinos se defiendan del carbunco; lo

que hace la especie, no dejando ver en el hombre la peste bovina, en las aves la carbunclosis y haciendo raro en los carnívoros el carbunclo y el paludismo; lo que hace la miseria fisiológica, abriendo las puertas á la fiebre recurrente y cerrándolas á la tifoidea.

Peregrino sería inculpar al terreno ó inculpar á las semillas, ó á ambos á la vez. Seguramente aquí está la incógnita, pero si sabemos su sitio, no acertamos á despejarla. Esta ignorancia, pues una hipótesis para tapar el mal paso no es arreglar el camino, ha de confesarse. No me atrevo á decir, ni negando ni afirmando, que daremos con el secreto; lo que si me parece es que si no lo delata la química biológica, cual dijo á Pablo Bert porque eran más aclimatables en sentido vertical unos séres que otros, la incógnita durará indefinidamente, y con seguridad sólo podremos decir hay inmunidades que se tocan y se ven, pero no sabemos como se conducen para fraguarse.

Y nadie dudará de que sería muy útil saberlo, porque una vez averiguado el mecanismo, se procedería con buena base á producir inmunidades artificiales, siguiendo, es decir copiando de la naturaleza lo que aprendiéramos, si es que podíamos hacerlo.

Mientras tal suceso se realiza, no se está ocioso. El hombre sabe que hay inmunidades y ha procurado imitar lo mejor demostrado, es decir, el hecho de que en general un padecimiento infectivo preserva de una repetición. La conducta era lógica: si el padecimiento sufrido preserva del que puede venir, produzcamos artificialmente uno en buenas condiciones y dejemos al individuo inmune para el mismo.

Esto tan sencillo y tan natural motiva protestas, que no serán bastantes para que la obra continúe y para que se aplaudan noble y lealmente los esfuerzos de los variolizantes, vanguardia del ejército moderno, y las atrevidas concepciones y fructíferos resultados de Pasteur, Freire y Ferrán, de una parte; así como la sagaz observación del inmortal Jenner, cuyo virus, aun deficiente en el concepto científico, ha domeñado la viruela obrando como preinfectante.

Aunque no holgarían en este punto todos los detalles relativos á las vacunas en general, que sería mejor llamarlos virus preventivos ó preinfectantes, adquiriría tales proporciones este trabajo, que excedería de lo justo y de lo tolerable. Pero si estos detalles no he de exponerlos, siquiera sea en breves palabras, no voy á suprimir las ideas que les han dado vida, las preconcepciones que los engendraron.

La práctica de las inoculaciones preventivas, tal como hoy está sobre el tapete, es modernísima, y ya hay varias hipótesis para justificarla.

La del *agotamiento*, presentada por Pasteur, es inadmisibile, dada la renovación de nuestros tejidos y dada muy en especial la condición de que por pobre que sea un organismo en elementos nutritivos para los gérmenes nunca será tanto como un medio de cultivo artificial.

La de Chauveau, quién pretende que un primer ataque deja en el organismo sustancias que impiden una nueva evolución de los séres infectantes, hipótesis que se llama del *antídoto*, es poco creible en vista de esa mutabilidad de las sustancias intraorgánicas y de esa tendencia incesante á la eliminación de todos los elementos extraños.

La de la *modificación* celular, la de Grawitz, no tiene en su apoyo dato alguno ni físico ni químico.

La de los *fagocitos*, de Bordoni, más que una hipótesis encaminada á explicar la inmunidad, es en cierto modo el mecanismo de la misma. En suma, representa hechos varias veces observados, pero que no siendo constantes no pueden dar la clave en todos los casos. Aun dando ella una satisfactoria solución al asunto, no parece ser la regla general, sino lo que ocurre en ciertas circunstancias no bien conocidas.

Por último, la hipótesis del *hábito tóxico*, ha tiempo defendida por el laborioso é inteligente Ferrán, que si no está al abrigo de objeciones y tal vez no explique todos los estados infectivos, sobre todo entendidos del modo que yo prefiero, tiene en su pró hechos experimentales de laboratorio. ¿Quién no recuerda el notabilísimo trabajo que publicó relativo á la inmunidad respecto á los cultivos coléricos, causada por la inyección de caldos filtrados? La hipótesis podrá tener sus puntos flacos; pero cuenta con una comprobación que no se encuentra en modo alguno en las tres primeras. Ahora mismo, los más distinguidos microbiologistas franceses siguen la ruta trazada por nuestro compatriota: copian sus ideas, sin darse la honra de poner la verdad en su puesto y hacen alarde de un desconocimiento de lo que pasa del lado acá de los Pirineos. ¡Dolámonos del pecado y compadezcámonos á los pecadores!

La hipótesis de Ferrán y la hipótesis de Bordoni, ambas abonadas por hechos demostrables, singularmente la primera, casi satisfacen nuestro deseo de inquirir y son sin duda la última palabra de la ciencia. Con ellas, que no son in-

compatibles, con las defensas naturales del organismo en los casos de inmunidad no artificial y con la resistencia mecánica y química de nuestras federaciones celulares, resulta poco menos que despejada la incógnita y queda abierta para la práctica de la Higiene un inagotable arsenal en donde elegir buenas armas capaces de conseguir la preinfección del organismo.

Sintetizando cuanto he dicho respecto á profilaxis de los padecimientos infectivos, puede asegurarse que se posee hoy un verdadero cuerpo de doctrina, formado según es ley en las ciencias empíricas, con sus datos, sus leyes, sus deducciones y su práctica; cuyo cuerpo de doctrina es de suma utilidad y ha de influir marcadamente en el progreso de nuestras ciencias, en él de las biológicas en general y no menos en las sociológicas aceptadas en su más lata expresión.

Desinfección.—Desarrollada mi manera de pensar respecto á la preinfección, llego al último punto de mi empeño.

Es la desinfección un capítulo de la Higiene, que ella utiliza directamente y que presta á la Terapéutica en el concepto de Higiene aplicada. Desinfectar un rio, un pantano, un suelo, un hombre enfermo, es un problema higiénico por su naturaleza é higiénico por los medios. El caso concreto hombre infecto, no es más que una modificación hija del cambio de terreno y de la mayor delicadeza del medio que sufre, modificación interesantísima, todo lo que se quiera, pero que no es un hecho sustancial ni aun mirando los fenómenos á través del más refinado egoismo.

En la enfermería higiénica de padecimientos infectivos,

todos los enfermos son susceptibles de curación; si en algún caso se eterniza la dolencia ó dura más de lo conveniente, no debe acusarse á la falta de preceptos, sino á la incuria, á la ignorancia ó á ciertas dificultades prácticas: dificultades, no imposibles. Contamos con potentes y eficaces medios de saneamiento, y no son nuestros sujetos tan deleznable que en ellos no puedan emplearse con todos sus bríos, sin causar daños tan irreparables como la muerte del enfermo humano. Sea cualquiera el estado infectivo, tenga la causa la mayor virulencia, extiéndase mucho el daño, siempre serémos los dueños si á ganar la victoria nos resolvemos. Más aún: si nada hiciéremos ó fuéremos parcos en el empleo de los desinfectantes, acudirían los agentes naturales y el tiempo, y el resultado sería el mismo, si bien más tarde y tal vez no tan definitivo.

Ciertamente que no son estos desinfectantes todos los que así se llaman: el limpiar, el caldear, el quemar, el ventilar, el oxidar, el mover, el tapar y á las veces el envenenar son los útiles. Los demás son de segunda ó tercera fila y aún muchos de ellos no deben figurar en ninguna. Con los recomendables podemos asegurar que la desinfección en el terreno de la higiene es un problema resuelto y cada día se encontrarán nuevos medios de resolverlo.

Llevando la cuestión á nuestro organismo, hay que meditar mucho y decir al fin: en parte se ha conseguido, en parte está por conseguir, la desinfección. En la clínica no se está, pues, tan bien como en la enfermería higiénica.

Empezando por lo más acabado, toca el puesto de honor á la Cirugía, la que, nutriéndose de las ideas panspermistas,

ha adquirido una energía y una precisión, que si nó son perfectas, andan muy cercanas de serlo. Bajo la influencia de Lister se ha transformado, trocándose de tímida é insegura, en resuelta, emprendedora y confiada. Bien es verdad que antes de la cura que lleva su nombre, se habían puesto en práctica las curas tardías, las por oclusión (Chassaignac) y se usaba el agua fenicada (Lemaire). Lister no es un inventor en el genuino significado de esta palabra; pero si no tiene la gloria del hallazgo, á él exclusivamente corresponde la de haber sabido dirigir á los cirujanos en determinado sentido, unificando las voluntades y la práctica, salvo la protesta utilísima representada por el apósito filtrante de Guérin.

Aquella primitiva cura, compleja como ninguna, que en manos del autor ha sufrido varias modificaciones, era, como todo lo inicial, que por lo común no es muy pulido, una lucha desesperada contra los micro-organismos. Enemigos poco conocidos, presentes en todas partes y dotados imaginariamente por el hombre de un poder casi invencible, Lister recurrió á todo lo que se poseía entonces como más útil: la lluvia fenicada para limpiar la atmósfera (matar los gérmenes se suponía); la pulcritud más minuciosa en cuanto á manos, ropas, instrumentos y piezas de apósito; capas impermeables; antisépticos como ellos dicen; gasas; algodones; y nada más..... porque se agotó el repertorio.

El progreso científico no ha tolerado tanta baraunda. Roser expone sus heridos á todos los gérmenes de la Suiza, aterrado de tanto detalle; Lister cambia de materias; los unos varían en un sentido; los otros toman distinto rumbo; y re-

gulada la reacción, precisa después de la tiranía listeriana, lentamente se simplifica la cura y poco á poco pierde su heterogeneidad y confusión, y hoy comienza á entreverse la aurora de la reforma, si el sol ya no luce en ciertos territorios.

La reforma es demoledora. Convencidos los cirujanos de la ineficacia de los llamados antisépticos; penetrados de la idea de que si filtros para qué impermeables, y si filtros é impermeables para qué microbicidas (sobre todo los volátiles, que representan el minimum de acción mortífera); temerosos de los graves daños hechos por el fenol, el sublimado, el iodoformo, es decir por el trípode favorito, daños que en vano se reducen numéricamente, pues uno solo es la antítesis del mejor de los cánones: *primum non nocere*; despues de vueltas y revueltas al rededor del tema, de cambiar de sustancias y de alterar las dosis clásicas, situación laberíntica, como todos los períodos constituyentes, se vá reduciendo tanto y tanto el material de apósitos que ya es rayano en la simplicidad misma. Región operable limpia; manos limpias; instrumentos limpios en la estufa ó en el agua hirviendo; piezas de apósito limpias por el calor; atmósfera limpia mediante irrigaciones de agua pura; curas tardías; presencia del oxígeno, á través de algodones y gasas, en la solución de continuidad. En resumen, la cura del porvenir, y casi del presente, es la cura con materiales limpios, entendiendo por materiales cuanto toque ó se relacione con la lesión, y entendiendo por limpieza la completa purificación, es decir, la desinfección de todo el material, ó lo que es lo mismo, el esterilizarlo para que no lleve semillas á

campo abonado, ingertando un padecimiento infectivo.

Lentamente vamos á esto. El agua hervida, en vapor ó líquida, reemplaza las vaporizaciones, las irrigaciones y la impregnación de sustancias; los cirujanos que usan el sublimado al 1 por 40.000, pero hirviendo ó destilando el agua, son hidroterapas disimulados. El algodón esterilizado, desprovisto de gérmenes por el calor, y las vendas hervidas largo rato, sustituyen todas las piezas, que hoy sirven aún de base á ciertas industrias. Las esponjas están en entredicho y mientras son definitivamente condenadas, se las purifica mediante larga cocción. Todo el apósito y los instrumentos van ya en algunos hospitales dentro de un autoclave, estufa portátil, que los desinfecta de continuo y de continuo los conserva utilizables. ¿Se quiere mayor sencillez? ¿En que se parece esto á lo del cirujano de Edimburgo?

En una palabra, el calor es hoy el desinfectante en Cirugía, indiscutible é irremplazable. El purifica lo que debe ser muy puro y cierra el paso á las semillas patógenas. ¿Y qué es aquí el calor? Un modo de limpiar, de desinfectar. La limpieza es, pues, hoy, ayer y mañana el agente preciso. Cuando se ha olvidado, han reinado libremente todas las complicaciones y todos los percances patológicos. Ha sido preciso que lo más difícil de la etiología se esclareciera, para que el cirujano se decidiera á ser limpio, precepto que aprendimos de nuestras madres, que nos inculcaron los libros de la enseñanza primaria, que nos exige la vida social y nuestro propio provecho, y que olvidamos tanto que es menester toda una revolución científica, romper los moldes de la ciencia vieja, demoler lo que parecía mejor hecho,

para que no lo echemos en completo olvido allí en donde es más urgente y necesario.

21 Contando con esta fuerza, la limpieza hecha por el calor, acomete el cirujano empresas, que en otros tiempos le hubieran valido el manicomio ó una mazmorra. Acabáronse los recintos inviolables: no hay más límite para la acción mecánica del bisturí que los órganos ó partes cuya división es la muerte total ó la ruina de una zona orgánica; las infecciones huyeron como las sombras ante los rayos del sol, y si aún existen en alguna parte es que hay valles que tardan más en iluminarse.

22 Desde otro punto de vista, no teme el cirujano á las lesiones que él no fragua cuando puede sanear todo el territorio. Abre, desinfecta y convierte un foco nefando en simple solución de continuidad. Todavía más: si el foco está abierto y puede sacar de cuajo las plantas y el terreno, allá van con igual firmeza y con idéntico resultado; y si no es estirpable, siempre basándose en el mismo principio, limpia, pero cuida de unir á este agente los desinfectantes más seguros y fijos, á los que encarga, mientras él no purifica, prosigan continuamente la tarea de desinfectar. De este modo el efecto es continuo y en muchos casos la desinfección se logra: si lo consigue el padecimiento cesa; si no puede obtenerlo, el agente infectante sigue su camino, se disemina, brota en varios puntos y se hace dueño del organismo (cáncer, sífilis, rabia).

23 A las veces no basta el procedimiento ordinario; pero el calor puede evitar la rabia y la acción de varios virus y ponzoñas; las inyecciones en el punto herido hechas con una

solución alcalina (potasa) sirven con frecuencia en las heridas venenosas; las de amoníaco diluido en las ponzoñosas; las de permanganato potásico en las mordeduras de las serpientes más venenosas; las de iodo sirven algo en el carbunco; las de fenol en el forúnculo, etc.

Paso de largo, sin más que llamar la atención sobre ello, en lo que respecta al tratamiento microbicida de las dermatosis infectivas: el sublimado, el ácido crisofánico, el ácido bórico, dan cuenta de muchas de ellas. Dejo también a un lado las afecciones parasitarias de la conjuntiva, oído, primeras vías respiratorias y digestivas, aparato genital externo, y otros detalles.

Y llego á la última parte de mi tarea: la desinfección que se encomienda á la terapéutica médica, la más abandonada, la más distante del bello ideal y la más precaria en recursos.

Ante todo debo decir, como hecho fundamental, que todo enfermo que sufra un padecimiento infectivo, por lo mismo que es un foco de donde brotarán semillas, debe ser visto por el médico clínico, no como un paciente individual, aislado (defecto harto común), sino como un sér que vive en relación permanente con diversidad de sustancias y sujetos aptos para ser contagiados. Si el médico se limita á tratar su enfermo, aunque le salve y logre no ver ni recaídas ni reinoculaciones, será un buen práctico, bueno en este concepto, pero execrable como reo de un posible delito de lesa humanidad, cuyas consecuencias no pueden precisarse, pero que pueden ser terribles. Comienza á perseguirse judicialmente al médico que no dirige bien un tratamiento;

llegará día en que con más razón se le castigue por no cumplir deber tan sagrado como el de oponerse á que su paciente sea el número uno de una interminable serie. Si, además de tratar al que sufre, cuida de que éste á nadie perjudique, habrá hecho lo que debe y entonces tendrá derecho á la consideración de todos, veráse libre de remordimientos de conciencia y de persecuciones por la justicia, y ocupará el importante puesto social que le pertenece y que hoy está muy lejos de tener. El clínico y el higienista deben fundirse en un sólo hombre al tener que habérselas con un padecimiento infectivo.

¿Cómo ha de desempeñar este doble papel? Todos lo saben y yo no he de enseñarles. Sólo con la ida de que no quede el hueco, permítome recordar, tomando ejemplos, que hoy es posible con la limpieza, los baños y el ácido bórico en las fiebres eruptivas beneficiar al enfermo y á los circunstantes, lo mismo en el período de descamación que en el de brote y apogeo de la lesión cutánea; que es asequible la desinfección de dentro afuera, utilizando los preparados benzóicos ó la trementina contra la fermentación amoniacal de la orina dentro de la vejiga, lo cual evita lamentables complicaciones; la evacuación de los bronquios es utilísima en la broquitis fétida; el uso de varios desinfectantes, de preferencia los balsámicos, creosota y eucaliptol, es ventajoso en la gangrena pulmonar, en los malos olores procedentes de las cavernas pulmonares y en la tuberculosis del mismo órgano; el lavado del estómago es un buen desinfectante de esta víscera, así como los absorbentes, el salicilato de bismuto ú otro cualquiera de ellos, el agua

sulfo-carbonada en los estados saburrales gastro-intestinales, que pueden ser el punto de partida de fenómenos pútridos y aun la puerta de entrada para varios gérmenes infectivos.

Unamos á esto que el médico clínico debe cuidar mucho de la destrucción de todos los gérmenes que procedan de su enfermo. En este concepto ha de atender esmeradamente á la desinfección de las ropas, de todas las excreciones y productos del mismo y luego de la habitación con todo su mobiliario, en tanto que pueden ser el vehículo de la causa infectante ó su residencia, recurriendo siempre á los indistintamente útiles: calor, sublimado y ácido sulfuroso.

No basta que el médico cuide de estos detalles, algunos de los cuales es á la par el mejor tratamiento; no es suficiente que, imitando al cirujano, lleve al estómago los desinfectantes usados en la vejiga, ó que recurra al operador para sanear de un modo directo la caverna pulmonar, el absceso del hígado, etc. Siguiendo el camino que la higiene le traza y la cirugía tan honrosa y brillantemente aprovecha, la terapéutica debe pensar muy en serio en que á ella corresponde la desinfección interna. En su poder están los principios que han de guiarle: médítelos concienzudamente y logre para el enfermo de medicina lo que se ha logrado para el de cirugía.

No niego que el problema es difícil y asaz delicado, pero los ejemplos precedentes han de alentarla. Tiene en su apoyo la observación que le dice que la quinina mata al agente palúdico, el mercurio al sífilítico y casi seguramente el fenol al forunculoso; cuenta también con un cuerpo de doctrina

que la higiene, la propietaria, le insta para que emplee, y ha de servirle de acicate que la Cirugía le invadió su campo, llevando la salud y la vida allí en donde ella estaba impasible. Contemple además que el problema, unificada la etiología, se ha simplificado extraordinariamente.

¡Y tan notable como es esta simplificación! Al mismo diagnóstico alcanza y trasciende hasta el pronóstico. Veamos la prueba: ó se llega, conocido el organismo infectante, á saber el veneno que lo mata sin perjuicio para el hombre, ó no se llega. En el primer caso, el tratamiento especial de todas las infecciones ó el específico de cada una queda reducido á un agente y á una fórmula, pudiendo quedar limitado el diagnóstico á una investigación bacteriológica. En el segundo, lo interesante será conocer ante todo su orden de importancia, si se está ante un estado infectivo: si leve para limitarse á la expectación, si grave para intervenir. Diagnosticada una infección que exija esta intervención, ya por su gravedad local, ya por su gravedad total, ha de resolverse si el padecimiento es dominable *in situ*. Si lo es, allí se dominará. Si no lo es y cunde hacia otros puntos y sobre todo se interna en las profundidades orgánicas, no queda más defensa que el sostenimiento de la economía, que á poca diferencia se consigue cuando es posible, con las mismas sustancias, empléense contra la difteria, contra la tifoidea, contra el cólera ó contra cualquiera otra infección. Se vé, pues, una verdadera reducción de la labor para la Terapéutica y para el diagnóstico, que hoy se pierden en un mundo de detalles porque les falta aceptar las leyes generales que regulan los procesos infectivos.

La medicación sistemática sufrirá á su vez grandes cortapisas. Testimonio de ello ya hoy la parsimonia en la administración de los antitérmicos, que llegaron á ser toda la medicación y que han causado no pocos quebrantos, gracias á esas dosis desmedidas, que reducían toda la habilidad y pericia del médico á dos hechos: á tener buena vista para sorprender los más leves accidentes de la columna termométrica, y á saber recetar dosis por sorpresa de cualquiera de los hipotérmicos. ¡En que estrecho callejón quisieron encerrar los clínicos el ilimitado campo de la Patología!

Dedúcese de lo dicho, que la Terapéutica ha de cambiar de rumbo, y así como en otros tiempos purgaba por los humores, relajaba por el estímulo, sangraba (sangrías hemorrágicas) por la inflamación, martirizaba con los revulsivos cutáneos á los tuberculosos, de cada uno de los cuales hacía un mártir, debe aprestarse en nuestros días, no á llevar á la práctica inmediatamente preconcepciones infundadas, cual hasta hoy ha hecho, sino inspirarse en los estudios de laboratorio, allí en donde la experimentación es señora y la observación sirvienta, y utilizar los frutos cosechados por el naturalista. ¡Cosa notable! Estos estudios, únicos serios y únicos científicos, tienen indecisa á la Terapéutica: anda con timidez y autoriza para que se le compare con el acostumbrado á las tinieblas que se molesta al ver la luz.

Seguramente que algo proyecta y los resultados, entre otros, que se obtienen con el cloruro mercúrico en la tifoidea y con el ioduro potásico en la pneumonia, son buena prueba de ello; así como también las escasas observaciones de la inyección de líquidos de cultivo filtrados.

Si no avanza por este lado, por mucho que disimule, su impotencia queda muy de manifiesto. Le es preciso hacer algo que satisfaga; de no, habrá de ceder el terreno que tan brillantemente le disputan los medios higiénicos. Presente algún medicamento que valga para la tuberculosis pulmonar lo que el clima de Canarias ó las montañas de Suiza; aduzca en su pró una materia medicamentosa que dé mejores resultados en la fiebre tifoidea que el agua *intus et extra* y la oportuna y persistente alimentación, etc., etc. Que si no lo hace, habría motivo de recitar sus crueldades y de decir que, en materia de infecciones, no vale más que un aficionado principiante respecto á Bellas Artes ó que un curandero en Medicina.

Es para ella cuestión de ser ó de no ser. Si no dá señales de valer más, la Higiene y la Cirugía dominarán en su territorio y será expulsada de uno de sus feudos por quien es mejor señor. Si las dá, ha de poner sus tendencias en armonía con los conocimientos actuales, preparándose el camino para mejores tiempos. O se vá entre las cosas que fueron, ó suelta tanta impedimenta inútil como siempre lleva consigo y se aligera de carga para ser la Terapéutica del porvenir.

He expuesto rápida y sucintamente mis ideas, sino bien, con valentía y sin arredrarme esa especie de cataclismo que se prepara, y que de estar en mis manos yo precipitaría. Acabo mencionando una célebre frase de la nación vecina: *Fais ce que dois; advienne que pourra*. Hago lo que debo hacer; suceda lo que suceda.

HE DICHO.